

XVI

Catalepsis.

Andrea no se dejó caer de un golpe, como hemos dicho, sino por grados, según vamos á tratar de describir.

Sola, abandonada, acometida de ese frío interior que sucede á todos los sacudimientos del sistema nervioso, Andrea comenzó al punto á tambalearse y se estremeció como al principio de un ataque de epilepsia.

Gilberto seguía allí tieso, inmóvil, inclinado hacia adelante, y devorándola con la vista. Pero cualquiera comprenderá, que, ignorando Gilberto como ignoraba los fenómenos magnéticos, para él no había en aquello ni sueño ni violencia. Nada ó casi nada había oído de su diálogo con Bálamo, y lo único que sabía era que Andrea parecía haber obedecido en Triánón, como en Taverney, al llamamiento de aquel hombre que tan terrible y extraña influencia había adquirido sobre ella. En fin, para Gilberto todo se resumía en estas palabras: La señorita Andrea tiene, sino un amante, á lo menos un hombre á quien ama y á quien da citas nocturnas.

El diálogo entre Andrea y Bálamo, aunque pronunciado en voz baja, había tenido todas las apariencias de una reyerta. Bálamo huyendo como un loco, fuera de sí, parecía un amante desesperado; y Andrea, que-

dándose sola, inmóvil y muda, parecía una amante abandonada.

En ese momento fué cuando vió á la joven tambalearse, retorcerse los brazos y girar sobre sí misma; luego salió por dos ó tres veces de su oprimido pecho un sordo estertor, y se esforzó, ó más bien se esforzó la naturaleza en arrojar de sí aquella masa mal graduada del fluido que, durante el sueño magnético, le había dado esa doble vista cuyos fenómenos hemos visto manifestarse en el capítulo anterior.

Pero la naturaleza quedó vencida, y Andrea no pudo sacudir el resto de la voluntad olvidada sobre ella por Bálamo. No pudo desatar aquellos lazos misteriosos, impenetrables que la tenían amarrada, y á fuerza de luchar, la acometieron esas convulsiones que las antiguas pitonisas experimentaban sobre el tripode delante del pueblo de interrogadores religiosos que hormigueaban en el peristilo del templo.

Andrea perdió el equilibrio, y lanzando un doloroso gemido, cayó sobre la arena cual si la hubiese herido el rayo que en aquel momento desgarró la bóveda del cielo.

Pero no bien había tocado el suelo, cuando Gilberto, con la agilidad y el vigor de un tigre, se lanzó á ella, y cogiéndola en sus brazos y sin percibir que tenía que sostener una carga pesada, la transportó al cuarto que ella había dejado para obedecer al llamamiento de Bálamo, y en el que todavía ardía la bujía junto á la cama deshecha.

Gilberto halló todas las puertas abiertas como las había dejado Andrea.

Al entrar tropezó con el sofá, y como era natural colocó en él á la joven yerta é inanimada.

Al contacto de aquel cuerpo inanimado, acometió á

Gilberto una ardiente calentura, sus nervios se estremecían y le hervía la sangre.

Su primera idea, sin embargo, fué casta y pura ; era preciso antes que nada volver á la vida aquella hermosa estatua, y buscó con la vista la garrafa para echar á Andrea algunas gotas de agua.

Pero en aquel momento, y al tiempo de alargar su temblorosa mano para coger el cuello de la botella de cristal, le pareció que un paso firme á la par que ligero hacia crujir la escalera de madera y ladrillo que conducía al cuarto de Andrea.

Nicole no era, puesto que había huído con el señor de Beausire ; Bálsamo tampoco, pues había partido á galope en su caballo árabe.

No podía ser de consiguiente sino una persona extraña.

Si sorprendían á Gilberto sería expulsado de Trián, pues Andrea era para él como una de esas reinas de España á quienes no pueden tocar los súbditos ni aun siquiera para salvarles la vida.

Todas estas ideas, semejantes á un torbellino de estridentes granizos, se agolparon á la imaginación de Gilberto en menos tiempo que empleaba el que iba acercándose en poner el pie de escalón en escalón.

Gilberto no podía calcular exactamente á qué distancia sonaba aquel paso que se aproximaba por grados, pues la tormenta rugía en aquel momento con furia ; pero como estaba dotado de una sangre fría, de una prudencia superior, el joven comprendió que aquel no era su puesto, y que lo que importaba ante todo era que no le viesen.

Apagó, pues, la bujía que alumbraba el aposento de Andrea y se introdujo en el gabinete que servía de dormitorio á Nicole, y desde donde veía Gilberto, al

mismo tiempo que la habitación de Andrea, la antesala.

En esta última pieza había una lamparilla encendida y colocada sobre una consola, y á Gilberto se le ocurrió desde luego darle un soplo como á la bujía, pero no tuvo tiempo ; el paso crujó en los ladrillos del corredor, oyóse una respiración algo oprimida, en el umbral apareció la sombra de un hombre, se deslizó con timidez en el aposento y volvió á empujar la puerta, cuyo cerrojo echó.

Gilberto solo tuvo tiempo para introducirse en el gabinete de Nicole y tirar hacia sí de la puerta vidriera.

En seguida contuvo el aliento, pegó la cara á los cristales y aplicó ambos oídos.

La tormenta rugía solemnemente en las nubes ; gruesas gotas de agua azotaban los vidrios de la ventana de Andrea y los de la del corredor, donde otra que se había quedado abierta rechinaba sobre sus goznes, y rechazada de vez en cuando por el viento que se colaba en el corredor, daba fuertes golpes contra el marco.

Pero por muy terribles que pudieran ser el estrépito de la naturaleza y el ruido exterior, nada eran para Gilberto porque todo su pensamiento, toda su vida, toda su alma estaban concentrados en su mirada, y ésta la tenía fija en aquel hombre.

Éste había atravesado la antesala, pasado por delante de Gilberto, y entrado en el aposento sin vacilar.

Gilberto, le vió acercarse á tuestas á la cama de Andrea, hacer un gesto de sorpresa al ver que no había nadie en ella, y casi al instante tropezar con el brazo en la bujía que estaba sobre la mesa.

La bujía cayó, y Gilberto oyó el ruido que sobre el mármol de la mesa hizo la arandela de cristal al romperse.

Entonces, aquel hombre dijo dos veces con voz ahogada y como llamando :

— ¡ Nicole ! ¡ Nicole !

— ¡ Cómo Nicole ! se preguntó Gilberto desde el fondo de su escondite ; ¿ por qué llama ese hombre á Nicole en vez de llamar á Andrea ?

Pero viendo el hombre susodicho que ninguna voz respondía á la suya, alzó del suelo la bujía, y de puntillas fué á encenderla en la lamparilla que estaba en la antesala.

Entonces fué cuando Gilberto concentró toda su atención en aquel extraño y nocturno visitante ; entonces fué cuando sus ojos hubieran traspasado un muro, gracias á la activa voluntad con que procuraban ver.

De pronto se estremeció Gilberto, y á pesar de que estaba escondido dió un paso atrás.

Al combinarse el resplandor de las dos llamas se estremeció Gilberto, repetimos, y se quedó medio muerto de asombro, porque el hombre que tenía la bujía en la mano era el rey.

Entonces todo quedó explicado : la fuga de Nicole, el dinero repartido entre ella y Beausire, la puerta dejada abierta, la conducta de Richelieu, la de Taverney, y toda aquella misteriosa y siniestra intriga cuyo centro era la joven.

Entonces comprendió Gilberto porqué el rey acababa de llamar á Nicole, alcahueta en aquel crimen, Judas complaciente, que había vendido y entregado á su ama.

Pero al pensar lo que había ido á hacer el rey en aquel cuarto, al pensar lo que iba á pasar en presencia suya, se le agolpó la sangre á los ojos y quedó ciego.

Tuvo ganas de gritar, pero el miedo, este sentimiento irreflexivo, caprichoso é irresistible, el miedo que le

causó aquel hombre lleno aun de prestigio, á quien llamaban rey de Francia, le anudó la lengua en la garganta.

Entretanto, Luis XV había entrado en el cuarto con la bujía en la mano.

Apenas puso los pies en él, percibió á Andrea en peinador de muselina blanco, á Andrea más bien desnuda que arropada, con la cabeza recostada contra el respaldo del sofá, y con una pierna reposando sobre el almohadón, mientras la otra caía tiesa y descalza sobre el tapiz.

El rey se sonrió al verla, y la bujía alumbró aquella lúgubre sonrisa ; pero casi en el mismo instante una sonrisa casi tan siniestra como la del monarca iluminó el rostro de Andrea.

Luis XV murmuró algunas palabras que fueron interpretadas por Gilberto como palabras de amor, y poniendo su bujía sobre la mesa, volviéndose para echar una ojeada al cielo inflamado, se arrodilló en seguida delante de la joven, cuya mano besó.

En este momento Gilberto se enjugó el sudor que bañaba su frente. Andrea no se movió.

El rey, que sintió aquella mano helada, la tomó entre la suya para calentarla, y abrazando con el otro brazo aquel cuerpo tan hermoso y suave, se inclinó para murmurar á su oído algunas de esas ternezas que dicen los amantes á las jóvenes adormecidas.

En aquel momento acercó su rostro al de Andrea, tanto que lo rozó.

Gilberto se tentó y respiró al tocar en el bolsillo de su chupa el mango de una larga navaja que le servía para podar los ojaranzos del parque.

El rostro de Andrea estaba helado como su mano.

El rey se incorporó, fijo la vista en el desnudo pie de la joven, tan blanco y pequeño como el de Cendri-

llón, lo cogió entre sus manos y se estremeció, pues lo halló tan frío como el de una estatua de mármol.

Gilberto, á quien la lujuria regia amenazaba robar tantas bellezas descubiertas á sus miradas, rechinó los dientes y abrió la navaja cerrada hasta entonces.

Pero ya había abandonado el rey el pie de Andrea, como lo hizo con la mano y el semblante, y sorprendido del sueño de la joven, sueño que atribuyó al principio á gazmoña coquetería, procuraba averiguar de qué provendría aquel frío mortal que había invadido las extremidades de aquel hermoso cuerpo, y se preguntaba si palpitaría aún el corazón cuando la mano, el pie y el rostro estaban tan helados.

Separó, pues, el peinador de Andrea, descubrió su virgíneo pecho, y con su mano tímida, pero cínica, interrogó el corazón mudo bajo aquella carne tan helado como el alabastro, cuya blancura y redondas formas tenía.

Gilberto medio se deslizó de la puerta con su navaja en la mano, centelleándole los ojos, apretados los dientes y decidido, si el rey pasaba más adelante, á darle de puñaladas y matarse en seguida.

De pronto un trueno espantoso hizo temblar todos los muebles de la habitación y hasta el sofá, delante del cual estaba arrodillado Luis XV, y otro relámpago amoratado y sulfúreo arrojó sobre el semblante de Andrea una llama tan lívida y viva, que asustado el rey de aquella palidez, aquella inmovilidad y aquel silencio, retrocedió murmurando:

— Esta joven está muerta.

Al momento se le ocurrió al rey la idea de que había abrazado un cadáver, y esta idea hizo estremecer todo su cuerpo; fué por la bujía, volvió á donde estaba Andrea, y se puso á mirarla al resplandor de la oscilante llama. Al ver aquellos labios cárdenos, aquellas

ojeras, aquellos cabellos sueltos, y aquella garganta que no levantaba ningún aliento, lanzó un grito, dejó caer la bujía, se tambaleó, y como si estuviese ebrio, se dirigió dando traspiés á la antesala, siendo tan grande su espanto, que tropezó en el tabique.

Luego oyéronse sus pasos precipitados en la escalera, y después crujir la arena del jardín; pero el viento que mugía en el espacio y tronchaba los desolados árboles, se llevó á poco el rumor de aquellos pasos en su tempestuoso aliento.

Entonces Gilberto, con la navaja en la mano, salió mudo y sombrío de su escondite, se adelantó hasta el umbral del aposento de Andrea, y por espacio de algunos segundos contempló á la hermosa joven sumergida en su profundo sueño.

Durante este tiempo, la bujía que había caído al suelo ardía sobre el tapiz alumbrando el pie tan delicado y la pierna tan pura de aquel adorable cadáver.

Gilberto cerró lentamente su navaja, mientras su rostro iba tomando la expresión de una resolución inexorable, después de lo cual fué á escuchar á la puerta por donde había salido el rey.

Escuchó más de un largo minuto, luego, á su vez, cerró la puerta como lo había hecho el rey, y echó el cerrojo.

En seguida apagó la lamparilla de la antesala; hecho esto, volvió al cuarto de Andrea con la misma lentitud y con el mismo fuego sombrío en los ojos, y puso el pie sobre la bujía que se derretía sobre el pavimento.

Una oscuridad súbita apagó la fatal sonrisa que había asomado á sus labios.

— ¡ Andrea ! ¡ Andrea ! murmuró. Te he prometido que la tercera vez que cayeses en mis manos, no te escaparías como las dos primeras. ¡ Andrea ! ¡ Andrea !

la terrible novela que tú me has acusado de hacer, necesita un fin terrible.

Y con los brazos tendidos se dirigió al sofá en que estaba echada Andrea, fría, inmóvil y privada de todo sentimiento.

XVII

La voluntad

Hemos visto partir á Bálamo.

Djerid lo llevaba con la rapidez del rayo. El jinete, pálido de impaciencia y de terror, tendido sobre la ondulante crin, aspiraba con sus labios entreabiertos el aire que se dividía ante el petral del corcel cual se dividen las aguas bajo la proa rápida.

Tras él desaparecían los árboles y las casas como unas visiones fantásticas, y apenas si percibía al pasar la pesada carreta gimiendo sobre su eje, cuyos cinco caballos normandos se espantaban al aproximarse aquel metéoro viviente que no podían comprender pertenecía á la misma raza que ellos.

Bálamo anduvo de ese modo como una legua, con el cerebro tan inflamado, los ojos tan centellantes, con el hálito tan abrasado y sonoro, que, á verlo los poetas de aquel tiempo, le hubieran comparado á los temibles genios preñados de fuego y vapor que animan esas pesadas máquinas humeantes y las hacen volar sobre un ferrocarril.

Caballo y jinete habían atravesado á Versalles en algunos minutos; y los escasos habitantes que discurren por sus calles habían podido ver pasar una carretilla de chispas, y nada más.

Bálamo corrió aun otra legua; Djerid no había tardado un cuarto de hora en devorar aquellas dos

leguas; pero ese cuarto de hora pareció á Bálamo un siglo.

De súbito surcó su mente un pensamiento, y entonces paró sobre sus nerviosos jarretes al corcel de acedados músculos.

Djerid, al pararse, se dobló sobre las patas traseras y sumió las manos en la arena.

Corcel y jinete respiraron un instante.

Bálamo levantó la cabeza al respirar; luego se pasó un pañuelo por las sienes bañadas de sudor, y, dilatadas las ventanas de la nariz al soplo de la brisa, pronunció en la oscuridad las palabras siguientes:

— ¡Oh! ; qué loco soy! ni la rápida carrera de mi caballo, ni lo ardoroso de mis deseos llegarán nunca á ser tan instantáneos como el rayo ó la chispa eléctrica, y precisamente esto es lo que se necesita para conjurar la desgracia que amaga mi cabeza. Necesito un efecto rápido, un golpe inmediato, un choque omnipotente que paralice las piernas, cuya acción temo, y la lengua cuyo vuelo me hace temblar; necesito causar desde lejos ese sueño con que domino á la esclava que ha roto sus cadenas. ¡Oh! ; cómo llegue á apoderarme alguna vez de ella!.....

Y Bálamo rechinó los dientes, haciendo un gesto desesperado.

— ¡Oh! por más que quieras, Bálamo, por más que corras, exclamó, Lorenza ya ha llegado y va á hablar, ó tal vez ha hablado ya. ¡Oh, mujer miserable! Cuantos castigos te imponga serán demasiado suaves.

En seguida continuó arrugando el entrecejo, con los ojos fijos y apoyando la barba en la palma de la mano:

— Veamos si la ciencia es una palabra ó un hecho, si tiene poder ó no lo tiene... Probemos... ¡Lorenza!

¡Lorenza! quiero que duermas; en cualquier sitio que estés, duérmete, Lorenza; duérmete; ¡mira que yo lo quiero!

Luego murmuró desanimado:

— ¡Oh! no, no, miento; no creo en ello ni me atrevo á confiar, á pesar de que la voluntad lo es todo. ¡Oh! lo quiero sin embargo, lo quiero con todo mi poder. ¡Hiende los aires, voluntad suprema, atraviesa todas esas corrientes de voluntades antipáticas ó indiferentes; atraviesa las murallas como una bala de cañón; persíguela á cualquier parte adonde vaya; anda, descarga el golpe, destruye!... ¡Lorenza, Lorenza, quiero que duermas! ¡Lorenza, quiero que enmudezcas!

Y dirigió por algunos instantes su pensamiento hacia el logro de este fin, grabándolo en su cerebro como para darle más vuelo cuando brotase hacia Paris; y terminada esta operación misteriosa, á que concuerrieron sin duda todos los átomos divinos animados por Dios, soberano señor de todas las cosas, Bálamo, con los dientes todavía apretados y los puños crispados, aflojó las riendas á Djerid, pero sin aplicarle la rodilla ni la espuela.

Hubiérase dicho que Bálamo quería convencerse á sí mismo.

Entonces el noble corcel marchó pacíficamente, según el permiso tácito que le daba su dueño, posando con esa delicadeza peculiar á su raza los pies casi silenciosos, á fuerza de ligeros, sobre el empedrado del camino.

Por otra parte, Bálamo, durante todo ese tiempo que habría parecido perdido á miradas superficiales, combinaba todo un plan de defensa, y lo acababa en el momento en que Djerid pisaba las calles de Sevres.

Al llegar frente á la verja del parque, se paró y

miró en torno suyo, cual si esperase haitar allí á alguno.

En efecto, casi al mismo tiempo salió un hombre de detrás de una puerta cochera y se acercó á él.

— ¿Eres tú, Fritz? preguntó Bálamo.

— Sí, maestro.

— ¿Te has informado?

— Sí.

— Madama Dubarry ¿está en París ó en Luciennes?

— En París.

Bálamo dirigió al cielo una mirada de triunfo.

— ¿Cómo has venido?

— Con Sultán.

— ¿Dónde está?

— En el patio de esta posada.

— ¿Ensillado?

— Ensillado.

— Está bien, estáte pronto.

Fritz fué á desatar á Sultán, que era uno de esos valientes caballos alemanes de buena índole, que aunque murmuran un poco en las marchas forzadas, no por eso dejan de correr mientras les queda aliento en sus pechos, y espuela en el talón de sus jinetes.

En seguida volvió Fritz al lado de Bálamo.

Éste estaba escribiendo á la luz de la linterna que los señores comisionados del ganado de pata hendida tenían encendida toda la noche á causa de sus operaciones fiscales.

— Vuelve á París, dijo, y entrega este billete á madama Dubarry en propia mano dondequiera que la halles. Tienes media hora para desempeñar esta comisión, y luego volverás á la calle de San Claudio, donde aguardarás á la señora Lorenza, que no puede menos de volver á casa. La dejarás pasar sin decirle nada ni

oponerle el menor obstáculo; vé, y no olvides que en media hora debe estar evacuada tu comisión.

— Está muy bien; lo estará, dijo Fritz.

Y al mismo tiempo que daba á Bálamo esta respuesta satisfactoria, aplicaba la espuela y el látigo á Sultán que, admirado de aquella agresión á que no estaba acostumbrado echó á correr lanzando un relincho lastimero.

Por lo que hace á Bálamo, fué calmándose poco á poco y tomó el camino de París, donde entró al cabo de tres cuartos de hora, con rostro casi sereno y la vista tranquila, ó más bien pensativa.

Por lo demás Bálamo tenía razón: por muy rápido que fuese Djerid, como hijo que era del desierto, tenía que tardar, y únicamente su voluntad podía caminar tan pronto como la joven que se había escapado de su prisión.

De la calle de San Claudio se dirigió Lorenza al baluarte, y dando vuelta á la derecha no tardó en divisar los muros de la Bastilla; pero como siempre había estado encerrada, no sabía andar por París: además, su principal objeto era huir de la casa maldita, que para ella era un calabozo, y la venganza se presentaba en segundo término.

Acababa de entrar en el arrabal de San Antonio, muy turbada y corriendo, cuando se acercó á ella un joven que hacía algunos minutos la seguía con asombro.

En efecto, Lorenza, italiana de las cercanías de Roma, habiendo tenido casi siempre una vida excepcional, extraña á todos los hábitos de la moda, á todas las costumbres y usos de la época, se vestía más bien como una mujer de Oriente que como una europea; es decir que llevaba siempre vestidos muy holgados y suntuosos, pareciéndose muy poco á esas hechiceras

muñecas ajustadas como unas avispas bajo un largo corpiño, y radiantes de seda y muselina, bajo las cuales casi se buscaría en vano un cuerpo, tan grande era su ambición de parecer inmateriales.

Lorenza no había, pues, conservado, ó por mejor decir adoptado del traje de las francesas de aquella época, más que los zapatos con talones de dos pulgadas de alto, calzado en extremo molesto que hacía combarse el pie, resaltar la delicadeza de los tobillos, y que, en aquel siglo un tanto mitológico, hacía imposible la fuga de las Aretusas perseguidas por los Alfeos.

El Alfeo que perseguía á nuestra Aretusa, la alcanzó pues fácilmente. Había visto aquellas piernas divinas bajo unas faldas de raso y encaje, aquella cabellera sin polvos, y aquellos ojos que despedían un fuego extraño debajo de una manteleta arrollada al rededor de la cabeza y del cuello, y creyó ver en Lorenza una mujer disfrazada que se dirigía á algún baile de máscaras, ó bien á alguna cita amorosa en alguna casita del arrabal, á donde iba á pie por falta de carruaje.

Se acercó pues á Lorenza, y poniéndose á su lado con el sombrero en la mano :

— ¡ Dios mío ! dijo ; señora, no iréis muy lejos con ese calzado que os impide andar. ¿ Gustáis aceptar mi brazo hasta hallar algún carruaje, y me dispensáis el honor de acompañaros adonde vais ?

Lorenza volvió la cabeza con un movimiento repentino, miró profundamente con sus negros ojos al que le hacía una oferta que á muchas mujeres hubiera parecido una insolencia, y parándose :

— Sí, dijo, acepto vuestra compañía.

El joven le dió el brazo con mucha finura.

— ¿ Adónde vamos, señora ? preguntó.

— Á la subdelegación de policía.

El joven se estremeció.

— ¿ Á casa del señor de Sartines ? dijo.

— No sé si se llama señor de Sartines : lo que quiero es hablar con el que sea [subdelegado de policía.

El joven empezó á reflexionar, y le pareció sospechosa aquella mujer joven y hermosa, que, vestida á la extranjera, recorría las calles de París á las ocho de la noche, con una cauta debajo del brazo y preguntando por la calle del subdelegado de policía, casa que quedaba á sus espaldas :

— ¡ Ah ! diablo ! dijo el joven, por aquí no se va á la subdelegación de policía.

— ¿ Pues por dónde ?

— Es preciso ir al barrio de San Germán.

— ¿ Por dónde se va al barrio de San Germán ?

— Por aquí, señora, respondió el joven con tranquilidad y finura ; y si queréis, cuando encontremos un carruaje.....

— Sí, eso es, un carruaje, tenéis razón.

El joven llevó á Lorenza hacia el baluarte, y habiendo encontrado un coche de alquiler lo llamó.

El cochero acudió al llamamiento, y preguntó :

— ¿ Adónde queréis que os lleve, señora ?

— Al palacio del señor de Sartines, dijo el joven.

Y abriendo la portezuela, por un resto de urbanidad ó más bien de asombro, saludó á Lorenza ; en seguida la ayudó á subir y la vió alejarse como una visión de esas que aparecen en sueños.

El cochero, lleno de respeto hacia aquel nombre terrible, dió de latigazos á sus caballos y partió en la dirección indicada.

Entonces fué cuando Lorenza atravesó la Plaza Real, y Andrea la vió y oyó en su sueño magnético, denunciándola á Bálamo.

Á los veinte minutos estaba Lorenza á la puerta del palacio.

— ¡ Espero, hermosa señora ? preguntó el cochero.

— Sí, respondió Lorenza maquinalmente.

Y penetró con rapidez en el portal de aquel espléndido palacio.

XVIII

Palacio del señor de Sartines

Así que entró en el patio, Lorenza se vió rodeada de una multitud de exentos y soldados.

Dirigióse al guardia francés que se hallaba más próximo, y le suplicó la condujese ante el subdelegado de policía. El guardia la dirigió al suizo, el cual, al ver una mujer tan bella, tan singular, tan ricamente vestida y con un magnífico cofrecillo bajo el brazo, conoció que la visita podría no ser ociosa, y la condujo por una gran escalera á una antesala, donde todo el que llegaba, bajo la sagaz inquisición de aquel suizo, podía á cualquier hora del día ó de la noche llevar al señor de Sartines una noticia, una denuncia ó una petición.

Excusado es decir que las dos primeras clases de visitantes eran acogidas más favorablemente que la última.

Lorenza, interrogada por un ujier, sólo respondió estas palabras :

— ¡ Sois el señor de Sartines ?

El ujier se admiró de que se confundiesen su casaca negra y su cadena de acero con la casaca bordada y la peluca canosa del subdelegado de policía; pero, como un teniente no se enfada porque le llamen capitán, como el alguacil reconociese un acento extranjero en aquella mujer, y viendo que en sus miradas firmes no